



## PARTE SEGUNDA.

DEL EJERCICIO DE ALGUNAS VIRTUDES QUE PERTENECEN A LOS QUE TRATAN DE SERVIR A DIOS.

### AL LECTOR.

AUNQUE mi principal intento en esta obra fué servir á los religiosos; pero con todo eso va dispuesta de tal manera, que será de mucho provecho para todo género de gente que trata de virtud, como digimos en la primera parte. Y especialmente esta segunda es muy acomodada para los seglares que desean de veras servir á Dios; porque, si bien se considera, los tales al principio como buenos labradores han de romper y arar la tierra de su corazon con la mortificacion de sus pasiones y apetitos desordenados, refrenando en particular la lengua y los demas sentidos, humillándose delante de Dios para conseguir el fruto deseado de la buena semilla que en ella se sembrare de buenas obras. Y asi tratamos en los tres primeros tratados de la Mortificacion, Modestia, Silencio y Humildad, que son las virtudes en que mas se debe ejercitar un cristiano desde el principio de su conversion. Y porque en aplicándonos al servicio de nuestro Señor, es consejo del Espíritu Santo que vivamos con temor y nos preparemos para resistir á las tentaciones, decimos en el cuarto tratado los bienes y provechos que de ellas se siguen, y damos medios para vencerlas; y en el quinto y sexto esplicamos algunos impedimentos y estorbos que suelen recrecerse á los siervos de Dios; y declararemos de cuánta importancia sea el andar alentados, contentos y alegres en el camino de la virtud; efectos admirables que redundan en el alma del que conoce el tesoro y bienes grandes que tenemos en Cristo nuestro Redentor y en su sagrada Pasion, de lo cual decimos en el séptimo tratado, donde se pone el modo que tenemos de tener en la meditacion de estos soberanos misterios y el fruto que tenemos de sacar de ellos; y al fin, por remate de esta segunda Parte, se enseña cómo nos debemos preparar para recibir el Santísimo Sacramento de la Comunión y cómo nos tenemos de aprovechar de ella. Todo lo cual se trata muy prácticamente, para que cada uno, segun su estado, lo pueda mejor ejercitar y poner por obra, que es lo que principalmente pretendemos en este libro. Reciba, pues, el cristiano lector este pequeño trabajo; con el cual y con un buen deseo favorecido de Dios, alcanzará victorias de sus pasiones, recato en sus palabras, modestia en sus acciones, consuelo y remedio en sus tentaciones, riqueza grande en Jesucristo, devocion en su recogimiento y grande fruto en su alma.

*Alonso Rodriguez.*

## TRATADO PRIMERO.

### De la mortificacion.

#### CAPITULO I.

Que es menester juntar la mortificacion con la oracion, y que estas dos cosas se han de ayudar la una á la otra.

“Bueno es juntar la oracion con el ayuno,” dijo el Angel Rafael á Tobias cuando se le descubrió (1). Por nombre de ayuno entienden comunmente los Santos todo género de penitencia y mortificacion de la carne. Estas dos cosas, mortificacion y oracion, son dos medios de los mas principales que tenemos para nuestro aprovechamiento, los cuales conviene que anden juntos y acompañados el uno con el otro. El bienaventurado San Bernardo, sobre aquellas palabras de los Cantares: “¿Quién es esta que sube por el desierto como un pevete compuesto de diversas especies aromáticas de mirra é incienso que va echando grande olor de sí (2)?,” dice (3) que estas dos cosas, la mirra y el incienso, por las cuales son significadas la mortificacion y la oracion, nos han de acompañar siempre, y nos han de hacer subir á lo alto de la perfeccion y

dar buen olor de nosotros á Dios; y que la una sin la otra poco ó nada aprovecha; porque si uno trata de mortificar la carne, y no trata de oracion, será soberbio; y á este se le podrá muy bien decir aquello del Profeta: “¿Por ventura comeré carne de toros ó beberé sangre de cabrones (1)?” No agradan á Dios esos sacrificios de carne y sangre á solas. Y si uno se diere á la oracion y se olvidare de la mortificacion, oirá lo que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: “¿Para qué me llamis con la oracion: Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo (2)? Y aquello del Sábio: “El que aparta sus oidos de oír la ley, será execrable su oracion (3). No agradecerá á Dios vuestra oracion, si no ponéis por obra su voluntad. San Agustin dice (4) que asi como en el templo que edificó Salomon, hizo dos altares, uno allá fuera donde se mataban los animales que se habian de sacrificar; otro dentro en el *Sancta Sanctorum*, donde se ofrecia incienso com-

(1) Bona est oratio cum jejunio. *Tob. XII, 8.*

(2) Quae est ista, quae ascendit per desertum sicut virgula fumi, ex aromatibus myrrhae, et thuris? *Cant. III, 6.*

(3) *Bern. serm. 89, ex parvie.*

(1) Numquid manducabo carnes taurorum, aut sanguinem hircorum potabo? *Ps. XL, 13.*

(2) Quid autem vocatis me Domine, Domine, et non facitis quae dico? *Luc. VI, 46.*

(3) Qui declinat aures suas, ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis. *Prov. XXVIII, 9.*

(4) *August. serm. 255 de tempore.*

puesto de diversas especies aromáticas; así también ha de haber en nosotros dos altares; uno allá dentro en el corazón, donde se ofrezca el incienso de la oración, conforme aquello de San Mateo: "Cuando orares, entra en tu aposento: y cerrada la puerta, ora á tu Padre en lo retirado (1);" otro acá fuera en el cuerpo, que ha de ser la mortificación. De manera, que siempre han de andar juntas y hermanadas estas dos cosas, y la una ha de ayudar á la otra, porque la mortificación es disposición necesaria para la oración, y la oración es el medio para alcanzar la perfecta mortificación.

Cuanto á lo primero, que la mortificación sea disposición y medio necesario para la oración, todos los santos y maestros de la vida espiritual lo enseñan y dicen que así como en un pergamino no se puede escribir si no está muy bien raído y quitado la carne, así si nuestra ánima no está desarraigada y apartada de las aficiones que nacen de la carne, no está dispuesta para que el Señor escriba é imprima en ella su sabiduría y dones divinos. "¿A quién enseñará Dios su sabiduría, dice el Profeta Isaías (2), y á quién dará oídos y entendimiento para entender sus misterios? A los destetados de la leche y á los apartados de los pechos." Quiere decir: á los que por su amor se apartaren y destetaren de los regalos y placeres del mundo y de los apetitos y deseos de la carne. Quiere Dios quietud y reposo para entrar en nuestro corazón, y que haya mucha paz y sosiego en nuestra alma (3). Esto entendieron aún los filósofos gentiles,

(1) Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio ora Patrem tuum in abscondito. *Math. VI, 6.*

(2) Quem docebit scientiam? et quem intelligere faciet auditum? ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus. *Isai. XXVIII, 9.*

(3) Et factus est in pace locus ejus. *Ps. 75.*

porque todos confiesan que nuestra ánima se hace sabia cuando está quieta y sosegada, que es cuando las pasiones y apetitos sensuales están mortificados y quietos, porque en este tiempo no hay pasiones vehementes que con sus desordenados movimientos perturben la paz del ánima y cieguen los ojos de la razón, que eso es propio de la pasión, cegar la razón y disminuir la libertad de nuestro alvedrío, como se ve en un hombre airado que la ira parece que le hace perder el juicio y parecer furioso y frenético. Si le preguntais, ¿cómo digistes ó hicistes aquello? Responde: no estaba en mí? Pero cuando las pasiones están mortificadas y sosegadas, el entendimiento queda claro para conocer lo bueno y la voluntad libre para abrazarlo, y de esta manera viene el hombre á hacerse sábio y virtuoso. Pues esta paz y quietud quiere también Dios nuestro Señor para reposar en el alma é infundir en ella su sabiduría y dones divinos. Y el medio para alcanzar esta paz es la mortificación de nuestras pasiones y apetitos desordenados, y así la llama Isaías: "fruto y efecto de la justicia (1)."

Declara esto muy bien San Agustín sobre aquello del Profeta: "la justicia y la paz se dieron ósculo;" dice: "tú quieres la paz y no haces justicia; haz justicia y hallarás la paz; porque están tan unidas y abrazadas entre sí estas dos cosas, que no sabe andar la una sin la otra; y así, si no amares la justicia, no te amará á ti la paz ni vendrá á tí (2)." Con la guerra se alcanza la paz, y si no quereis tener guerra con vos mortificándoos, contradiciándoos y venciendoos, no alcanzareis esta paz tan necesaria para la oración. "¿Quién mas te impide y enoja,

(1) Et erit opus justitiae pax. *Isai. XXXII, 17.*

(2) Justitia, et pax osculatae sunt; fac justitiam, et habebis pacem, ut osculentur se justitia, et pax. Si non amaveris justitiam, pacem non habebis: quia duae amicae sunt justitia, et pax, ipsae se osculantur; si amicam justitiam non amaveris, non te amabit ipsa pax, nec veniet ad te. *Aug. Ps. LXXXIV, 11.*

dice aquel Santo (1), que la afición de tu corazón no mortificada? Esas pasiones, esos apetitos é inclinaciones malas que tenéis, os desasosiegan, y no os dejan entrar en la oración; eso es lo que os inquieta en ella, y lo que hace tanto ruido y estruendo en vuestra ánima que os despierta de ese dulce sueño, ó por mejor decir, no os deja entrar ni reposar en él. Cuando uno ha cenado demasiado, no puede dormir ni sosegar de noche, porque aquellas crudezas del estómago, y aquellos vapores gruesos que se levantan, le inquietan de tal manera que le hacen estar toda la noche dando vuelcos de una parte á otra, sin poder sosegar. Eso mismo acontece en la oración. Tenemos muy pesado el corazón, porque el amor propio desordenado, la afición á cumplir nuestros apetitos, el deseo de ser tenidos y estimados, la gana grande que tenemos de que se cumpla nuestra voluntad, embarazan tanto el corazón, y levantan tantos vapores, y producen tantas y tales figuras, que no nos dejan recoger, ni tener el corazón fijo en Dios. De esta manera declaran aquello que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (2): "Mirad, no sea que se agraven vuestros corazones con la gula, embriaguez y cuidados de esta vida;" "que se entienda, no solamente de la embriaguez del vino, sino de las demás cosas del mundo, conforme á aquello del Profeta Isaías: "Oye embriagada y no de vino (3)." Del corazón inmortificado sale una niebla oscura que impide y quita la presencia del Señor en nuestra alma. Y eso es lo que dice el Apóstol San Pablo: "El hombre animal no percibe ni entiende las cosas del Espíritu

de Dios (1)," porque son muy delicadas, y él está muy material y muy grosero, y así ha menester desbastarse y adelgazarse con la mortificación.

De aquí se entenderá la solución de una duda principal, ¿qué es la causa que siendo la oración, por una parte tan suave y gustosa, porque orar es conversar y tratar con Dios, cuya conversación y trato no trae consigo amargura ni enfado alguno, sino grande gozo y alegría (2), y siéndonos por otra parte tan provechosa y necesaria, con todo eso se nos hace tan dificultosa y vamos con tanta pesadumbre á ella y hay tan pocos dados á la oración? Dice San Buenaventura: "Hay algunos que están en la oración, y ejercicios espirituales, como por fuerza, como los cachorros que están atados á estaca (3)." La causa de esto es la que vamos diciendo: La oración de suyo no es dificultosa, pero ésto y mucho la mortificación, que es la disposición necesaria para ella; y porque no tenemos esta disposición, por eso se nos hace tan pesada y dificultosa la oración, como vemos acá en lo natural, que la dificultad no está en introducir la forma, sino en disponer el sugeto para ella. Si no, miradlo en un leño verde, la obra que pone el fuego para quitarle aquel verdor, la humareda que se levanta, qué de tiempo es menester hasta disponerle; pero dispuesto, en un instante se entra el fuego como en su casa, sin ninguna dificultad. Así es en nuestro propósito; la dificultad está en quitar el verdor de nuestras pasiones, en mortificar nuestros apetitos desordenados, en desarraigarnos y desaficionarnos de las cosas de la

(1) Thomas de Kempis, *lib. 1 de Contemplu mundi, c. 3.*

(2) Attendite autem vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula, et ebrietate, et curis hujus vitae. *Luc. XXI, 34.*

(3) Audi hoc paupercula, et ebria et non á vino. *Isai. LII, 21.*

(1) Animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei. *I. ad Corint. II, 14.*

(2) Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam, et gaudium. *Sapient. VIII, 16.*

(3) Quasi ligati catuli ad stipitem, renitenti animo cogimur esse in divinis. *Bonav. l. 1 de Profectu Religiosorum, cap. 16.*

tierra; que esto hecho, con gran facilidad y ligereza se iria el ánima á Dios y gustaria de tratar y conversar con él. Cada uno gusta de conversar y tratar con sus semejantes, y asi el hombre mortificado, como ya se ha espiritualizado y hecho semejante á Dios con la mortificacion, gusta de conversar y tratar con Dios, y Dios tambien gusta de conversar y tratar con él: "Mis delicias son tratar con los hijos de los hombres (1)." Pero cuando uno está lleno de pasiones y de apetitos desordenados, y que tira de él la honrilla, la aficioncilla, el gusto, el entretenimiento y el regalo, este tal siente mucha dificultad en tratar y conversar con Dios; porque le es muy desemejante en la condicion y gusta de tratar con sus semejantes de cosas terrenas y bajas: "Se hicieron abominables, dice la Escritura (2), como las cosas que amaron."

Decia uno de aquellos Santos Padres: asi como cuando está turbia el agua es imposible que uno vea su rostro en ella, ni otra cosa alguna, asi si no está el corazon purgado y purificado de las aficiones de la tierra que le turban é inquietan, y sosegado de vanos é impertinentes cuidados, no podrá ver en la oracion el rostro de Dios, esto es, la profundidad de sus misterios, ni el Señor se le descubrirá. "Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios (3)." La oracion es una vista espiritual de los misterios y obras divinas; y asi como para ver bien con los ojos del cuerpo es menester tenerlos limpios y claros, asi para ver bien las obras de Dios con los ojos del alma, es menester tener limpio el corazon. Dice San Agustin sobre

(1) Delitiae meae esse cum filiis hominum. *Prov.* VIII, 31.

(2) Facti sunt abominabiles, sicut ea quae dilexerunt. *Ossee.* IX, 10.

(3) Beati mundo corde quoniam ipsi Deum vident. *Matth.* V, 8.

estas palabras: «Si quereis ver y contemplar á Dios, tratad primero de limpiar el corazon y quitar de él todo lo que le desagrade (1).» El abad Isaac, como refiere Casiano (2), declaraba esto con una comparacion. Decia que era en esto nuestra ánima como una pluma muy liviana, la cual, si no está mojada ni apegada con otra cosa, sino pura y limpia de toda viscosidad, con cualquier aire, por pequeño que sea, luego se levanta de la tierra y sube á lo alto, y anda volando y revoloteando por el aire; pero si está mojada ó tiene pegada alguna viscosidad, aquel peso no la deja levantar ni subir á lo alto, sino antes la tiene soterrada y hundida en el cieno: asi nuestra ánima, si está pura y limpia, luego se levanta y sube á Dios con la marea suave y ligera de la consideracion y meditacion; pero si está pegada y aficionada á las cosas de la tierra y cargada con pasiones y apetitos desordenados, esos la agravan y tienen tan oprimida que no la dejan levantar á las cosas del cielo ni tener bien oracion. Decia el santo abad Nilo (3): «Si á Moisés se le prohibió llegar á la zarza hasta que se descalzase los zapatos, ¿cómo quereis vos llegar á ver á Dios y á tratar y conversar con él, lleno de pasiones y aficiones de cosas muertas?»

En el cuarto libro de los Reyes tenemos un ejemplo que declara bien esta paz y sosiego que tenemos de tener de nuestros afectos y pasiones para entrar en la oracion y tratar con Dios. Cuenta la Sagrada Escritura que, yendo el rey de Israel, Jorán, y Josafat, rey de Judá, y el rey de Edon á pelear contra el rey de Moab, caminando

(1) Deum videre vis? prius ergo cogita de corde mundando, et quicquid ibi vides, quod Deo displicet, tolle. *August. serm. 2 de Ascensione Domini, qui est 175 de tempore.*

(2) Casian. *collat.* 9, cap. 4.

(3) Nilus abbas, et martyr, de *Oratione*, c. 3, in *Bibliot. Sanctorum Patrum*, t. 3.

por el desierto faltóles el agua y perecia de sed todo el ejército; fueron á consultar al Profeta Eliseo, y dícele el Rey de Israel, que era malo é idólatra: «¿qué es esto? ¿cómo nos ha juntado Dios á tres reyes para entregarnos á los moabitas?» Respondió Eliseo: «¿Qué tienes que ver conmigo? anda vé á los Profetas de tu Padre y de tu Madre; vive el Señor de los Ejércitos, en cuya presencia estoy, que si no mirara al rey de Judá, Josafat, no hiciera caso de tí ni te miraria; pero traedme aqui un harpista (1).» Reprendióle con un celo y corage santo, dándole en rostro con sus pecados é idolatrías; pero al fin, por respeto del rey Josafat, que era bueno y santo, quiso declarar las mercedes que el Señor les habia de hacer en aquella jornada, dándoles luego abundancia de agua y despues victoria de sus enemigos. Empero, porque con aquel corage y celo, aunque santo, se habia desasosegado y turbado algo, para quietarse y sosegarse, y asi recibir la respuesta de Dios, manda que le traigan un músico, y venido, quieto y sosegado con la música, comienza á decir las maravillas que el Señor habia de obrar con ellos. Pues si de una turbacion buena y santa fué menester que el que era santo se quietase y sosegase para tratar con Dios y recibir su respuesta, ¿qué será de la turbacion y desasosiego que no es santo ni bueno, sino imperfecto y malo?

Cuanto á lo segundo, que la oracion sea medio para alcanzar la mortificacion, dijimoslo largamente tratando de la oracion (2), y ese es tambien el fruto que tenemos de sacar de ella, y la oracion que no tiene

(1) Quid mihi, et tibi est? Vade ad Prophetas patris tui, et matris tuae; vivit Dominus Exercituum, in cuius conspectu sto, quod si non vultum Josaphat Regis Judae erubescerem, non attendissem quidem te, nec respexissem; nunc autem adducite mihi psalterium. *IV. Reg.* III, 13.

(2) *Trat.* 5, p. 1.

B. del G., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I,

por hermana y compañera la mortificacion, la tienen los Santos por sospechosa; y con razon, porque asi como para labrar el hierro no basta ablandarle con el calor de la fragua, si no acudimos con el golpe del martillo para darle la figura que queremos, asi no basta ablandar nuestro corazon con el calor de la oracion y devocion, si no acudimos con el martillo de la mortificacion para labrar nuestra ánima y quitarle los siniestros que tiene, y figurar en ella las virtudes que ha menester. Y para eso ha de ser la dulzura de la oracion y la suavidad del amor de Dios, para facilitar el trabajo y dificultad que hay en la mortificacion, y animarnos y esforzarnos con eso á negar nuestra voluntad y vencer nuestra mala condicion. Y no tenemos de parar en la oracion hasta alcanzar con la gracia del Señor esta perfecta mortificacion de nuestras pasiones, de que tanta necesidad tenemos, y que los Santos y toda la Escritura divina tanto nos encomiendan.

San Agustin, sobre aquello del Génesis: "Creció el niño Isaac y destetaronle, é hizo Abraham un grande convite en el dia que le destetaron (1)," pregunta: ¿qué es la causa que cuenta la Sagrada Escritura que nació el niño Isaac, aquel hijo tan prometido y deseado, en el cual habian de ser benditas todas las gentes, y no se hace fiesta en su nacimiento; y dice que le circuncidan al octavo dia, que era como acá el dia del bautismo solemne y tampoco se hace fiesta; y despues, cuando le destetan, cuando ponen acibar á los pechos de la madre, y el niño llora porque le quitan la leche, entonces dice que hizo fiesta su padre y banquete muy grande? ¿Qué quiere decir esto? Dice el Santo (2) que es menester

(1) Crevit igitur puer, et ab lactatibus est. Facit quo Abraham grande convivium in die ab lactationis eius. *Genes.* XXI, 8.

(2) *Aug. q. 50 sup. Genes.*

que lo reframos á algun sentido espiritual para poder dar la solucion; y que lo que nos quiere dar á entender en esto el Espíritu Santo, es que entonces ha de ser la fiesta y el regocijo espiritual, cuando uno va creciendo y haciéndose varon perfecto, y ya no es de aquellos que dice el Apóstol: "Como á niños os he dado leche y no manjar sólido (1)." Y aplicándolo mas á nosotros, lo que nos quiere decir es, que no es el gozo y regocijo de la Religion, ni de los superiores, que son nuestros padres espirituales, cuando naceis en la Religion entrando en ella, ni cuando al cabo del noviciado os reciben en ella; sino cuando ven que os vais destetando y dejando de ser niño, y que ya no gustais de los manjares y entretenimientos de los niños, sino que sabeis comer pan con corteza y os pueden tratar como á hombre espiritual y mortificado.

Fuera de esto tiene la oracion otra trabazon y hermandad particular con la mortificacion, que no solamente es medio para alcanzarla, sino ella misma en sí es grande mortificacion de la carne. Asi lo dice el Espíritu Santo por el Sábio en varios pasages: «Las vigilijs y la frecuente meditacion y consideracion maceran y amortiguan la carne (2).» Y esto nos dá tambien á entender la Escritura Divina en aquella lucha que tuvo el Patriarca Jacob con el Angel toda la noche, de la cual dice que quedó cojo (3). Y por esperiencia vemos que los que se dan mucho á estos ejercicios mentales, andan flacos, descoloridos y enfermos, porque son una lima sorda que debilita y amortigua la carne, y gasta las fuer-

(1) Tanquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam. *I. ad Cor.* III, 1.

(2) Vigilia honestatis tabefaciet carnes. *Ecles. XXXI, 1.*—Frequens meditatio carnis afflictio est. *Eclesiastes*, XII, 12.

(3) *Genes.* LXXII, 24.

zas y la salud, y asi por todas partes ayuda mucho la oracion para la mortificacion.

CAPITULO II.

En qué consiste la mortificacion, y de la necesidad que de ella tenemos.

Para que llevemos esto de raiz, es menester presuponer lo primero, que en nuestra ánima hay dos partes principales, que los teólogos llaman porcion superior y porcion inferior; y por otros términos mas claros, razon y apetito sensitivo. Y antes del pecado, en aquel dichoso estado de la inocencia y justicia original en que Dios crió al hombre, esta porcion inferior estaba perfectamente sujeta á la superior, el apetito á la razon, como cosa menos noble á la mas noble y como natural siervo á su señor. No crió Dios al hombre desordenado, como ahora estamos (1); entonces, sin ninguna dificultad ni contradiccion, antes con mucha facilidad y suavidad obedecia el apetito á la razon, y se iba el hombre á amar á su Criador y emplear todo en su servicio, sin haber cosa que le impidiese ni estorbese. Estaba entonces tan sujeto y rendido el apetito sensitivo á la razon que no se podia levantar movimiento ni tentacion ninguna de la carne, sino es que el mismo hombre libremente lo quisiese. No fuéramos entonces tentados de ira, ni de envidia, ni de gula, ni de lujuria, ni de otro mal deseo, sino es que nosotros por nuestra voluntad le quisiéramos tener. Empero por el pecado, como la razon se rebeló contra Dios, rebelóse tambien el apetito sensitivo contra la razon. "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero," decia el Apóstol san Pablo (2). Contra toda vuestra vo-

(1) Fecit Deus hominem rectum. *Eccl.* VII, 30.

(2) Non enim quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo malum, hoc ago. *Ad Rom.* VII, 19.

luntad, aunque os pese, se levantan en vuestro apetito sensitivo movimientos y aficiones contrarias. Y mas, si el hombre no pecara, el cuerpo estuviera dispuesto para cualquier obra que el ánima quisiera ejercitar, que no sintiera en él ningun impedimento. Pero ahora, para muchas cosas para que el alma se siente hábil y deseosa, le es estorbo el cuerpo (1): á la manera que cuando caminamos en una bestia de mal paso, y nos lleva molidos, y tropieza á menudo, cánsase, y á veces no la podemos menear, espántase de la sombra, échase al mejor tiempo; tal es ahora este nuestro cuerpo. Este fué el castigo y justo juicio de Dios, dice san Agustin (2); esta es la pena y la justicia que mandó hacer la Magstad de Dios nuestro Señor contra el hombre desobediente, que pues él no quiso obedecer á su Criador y Señor, que tampoco le obedezca á él su carne y apetito, sino que sienta en sí una continua guerra y rebelion. Dicen los teólogos con Beda (3) que el hombre por el pecado no solo quedó despojado de la justicia original y de la gracia y de los demas dones sobrenaturales anejos á la justicia original, sino quedó llagado y estragado en lo natural; porque el entendimiento quedó oscurecido para entender las cosas de Dios, el libre alvedrio enfermo, la voluntad para lo bueno flaca, el apetito para lo malo fuerte y desenfrenado, la memoria derramada, la imaginacion tan inquieta y desasosegada que apenas podemos rezar un Pater noster con el pensamiento fijo puesto en Dios, sin que luego, casi sin sentirlo, nos hurte el cuer-

(1) Corpus, quod corrumpitur, aggravat animam. *Sap.* IX, 15.

(2) Haec est enim poena inobedienti homini redita in semetipso, ut ei vicissim non obedatur neque a semetipso. *August. lib. contra adversarium legis, et Prophetarum cap.* 14.

(3) Fuit spoliatus gratuitis, et vulneratus in naturalibus. *Beda.*

po y se salga de casa, y corra por todos esos mundos sin parar; los sentidos curiosos, la carne sucia y mal inclinada; finalmente, quedó nuestra naturaleza tan llagada y estragada por el pecado que ya no camina como antes caminaba, ni puede lo que antes podia, sino que el que antes del pecado amaba á Dios mas que á sí, despues del pecado ama mas á sí que á Dios, y anda siempre aficionado y enamorado de sí mismo, y deseoso de hacer su propia voluntad, inclinado á cumplir sus apetitos y á dejarse llevar de sus pasiones y deseos, aunque sean contra la razon y contra Dios.

Mas: habemos de notar que, aunque por el bautismo se nos quita el pecado original, que fué causa de este desconcierto, empero no se nos quita esta esencion y rebeldia de nuestro apetito contra la razon y contra Dios que llaman los teólogos y los Santos «cebo é incentivo del pecado (1).» Quiso Dios nuestro Señor, por su justo y alto juicio y disposicion, que nos quedase esta rebeldia y contradiccion para reprimir nuestra soberbia y en pena de ella, para que anduviésemos siempre humillados, viendo nuestra miseria y bajeza. Crió Dios al hombre en grande honra y dignidad, adornándole y hermoosándole con muchos dones y gracias sobrenaturales, y él no lo supo conocer ni agradecer (2); y asi mereció que Dios le despojase y privase de eso y quedase hecho semejante á las bestias, sintiendo en sí deseos y apetitos bestiales, para que así se conozca y humille, y no tenga ya ocasion de ensoberbecerse, que no tenemos ninguna si nos supiésemos conocer, sino muy muchas para andar siempre confundidos y humillados.

(1) Fomes peccati. *Bon. lib. 2 de profectu religionis. cap.* 33.

(2) Homo cum in honore esset, non intellexit. comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. *Ps.* XLVIII, 21.